

## ANSIAS DE VAGAR

CHARLES MACOMBE FLANDRAU

TRADUCCIÓN DE GUILLERMO SHERIDAN



*Charles Macombe Flandrau (1871-1938), nativo de St. Paul, Minnesota, educado en Harvard, es conocido sobre todo como el autor de Viva Mexico!, un libro de viajes realmente excepcional. Prosa fina y afilada, la de Flandrau expresa con una gracia consciente y naturalmente artificiosa a veces, a veces sabiamente desenfadada, las observaciones de un viajero en guardia ante sus prejuicios y curioso de los ajenos, un cronista culto y educado, inteligente e irónico, con los ojos siempre abiertos por el humor y el escepticismo. Viva México! no es sólo un testimonio de la vida en nuestro país en el porfiriato: es también una descripción de los viajeros de la época, un ensayo de crítica social y una sátira de costumbres. Hay que alegrarse de que el Conaculta haya puesto recientemente a circular entre nosotros una traducción de ese libro, primero de la colección La Mirada Viajera. Pero Flandrau, que se inició en el periodismo en sus años de estudiante en Harvard, publicó también un volumen de ensayos, Loquacities, y uno de relatos, Prejudices. A este último pertenece el cuento que publicamos y cuya acción transcurre en el Veracruz de principios de siglo. Flandrau conocía bien el estado, en el que un hermano suyo poseía una plantación cafetalera, y estuvo varias veces en el país entre 1903 y 1908.*

A.A.

A la tripulación, para su sorpresa, le pagaron en La Habana y le dieron una serie de explicaciones que en realidad no explicaron mucho. La mayoría de los hombres se sintieron mal por eso, pero Lansing y Hayward eran muy poco sofisticados, demasiado novatos en las cosas del mar, para advertir de entrada lo que les acababan de hacer. Se habían hecho a la mar en un arruinado carguero en Nueva York, en un súbito y curiosamente tardío acceso de romanticismo. Pues Hayward, que había trabajado como electricista desde que tenía diecisiete años, tenía ahora veintitrés, y Lansing, que a duras penas recordaba el tiempo que no había pasado sobre un carromato repartiendo abarrotes, tenía veinticuatro. El mar no había sido una pasión de infancia para ellos; de hecho casi nunca lo habían visto. Por lo que a ellos tocaba, en sus previas relaciones con el mar, Nueva York bien podría haber estado en una pradera de Dakota. Sus vidas habían sido siempre cita-

dinas, sin ser tampoco de la clase de vidas que alcanzan sitio en la narrativa popular. Al hablar no utilizaban el dialecto ininteligible de moda, y sabían tan poco sobre el Bowery como sobre el mar. Sus vocabularios, en vez de amplios y floridos, eran breves y sencillos; sus errores gramaticales eran demasiado frecuentes para ser interesantes. Conocían algunas calles de la enorme ciudad sumamente bien, pero en su mayor parte, eran las calles comunes y respetables de la clase media baja. Ambos habían vivido en casa y habían trabajado duro, y se diría que hasta a conciencia si no fuera porque en la rutina de sus vidas la conciencia jugaba un papel sumamente limitado. Habían trabajado duro, por costumbre, por una innata aspiración a conservar sus "chambas", y porque sabían que nada los hacía imprescindibles.

Era extraño, o quizá no lo era (¿cómo podría yo saberlo?) que el mar los hubiera convocado de manera tan súbita e irrelevante. Si hubieran sido afectos a la lectura, embarcarse podría plausiblemente haber sido el anhelo de hacer realidad un sueño. Pero rara vez leían algo que no fueran los encabezados de los diarios populares. La voluminosa literatura de aventuras en tierras lejanas, o la que relata vidas libres e impetuosas en alta mar, les era tan desconocida como la experiencia misma. Y aun así, no obstante, un día se hicieron a la mar.

A principios de abril, un tranvía chocó con el carro repartidor de Lansing y lastimó al caballo, por no decir nada del carro mismo y su valiosa carga. La culpa no había sido de Lansing ni del conductor, pero el abarrotero despidió a Lansing y le cobró doscientos cincuenta dólares a la compañía tranviaria. Desempleado, Lansing vio por fin algo de Nueva York. Había sido fiel y cuidadoso, por lo que se sentía agraviado y molesto, si bien de un modo tonto y resignado. Sus prolongadas caminatas sin destino, durante los primeros días sin trabajo, lo condujeron en ocasiones a la ribera, y una mañana se encontró en un muelle de Wall Street, justo cuando un carguero estaba a punto de zarpar hacia los trópicos. Aunque no supo bien a bien qué significaba aquello, la experiencia fue conmovedora. Había un ejército de negros semi-salvajes —muy distintos a los que había visto antes— que daban gritos incoherentes mientras cargaban maletas en los carros y llenaban de carga una tosca red que se elevaba, se columpiaba, se

hundía y desaparecía para reaparecer más tarde, flácida y hambrienta. Había unas inexplicables mujeres gordas de extrañas complejiones, acompañadas por unos hombres flacos, lívidos y gesticulantes, que saltaban de sus baúles al barco y de regreso con excitación frenética. Y había olores. Lansing no lo supo (sabía muy poca cosa) pero fueron los olores los que, por decirlo así, "lo engancharon". Había un fondo básico de alquitrán y resina; pero aquí y allá, mientras paseaba por el largo muelle cerrado, se destacaba el agrio, incitante aroma del café en grano, la fragancia frutal de las piñas, la acidez picante de los jitomates, la pesada dulzura de la vainilla. Cada olor era inhalado por Lansing en profundidad, con avidez curiosa y hasta, tratándose de él, con cierta excitación.

Después de que el barco zarpó y desapareció por la esquina del muelle, Lansing salió de ahí con la intención de atravesar Wall Street y tomar un tranvía hacia el centro, pero un marino joven y un tanto bebido, de un barco de guerra anclado en la bahía, sin que viniera al caso, le había echado el brazo a la cintura y lo había conducido a un bar cercano. Bebieron sólo un vaso de cerveza cada uno, pero se sentaron en una mesita y el marino habló.

En la esfera de vida a la que ambos pertenecían hay una franqueza en la forma de relacionarse que sería imposible en personas de una clase social más elevada. Lansing había hecho muchos conocidos, e incluso varios amigos, hablando o contestando a jóvenes de su edad parados en una esquina. La mayor parte de sus relaciones con muchachas se habían iniciado del mismo modo. Le habían hablado, o él les había hablado a ellas —qué más da—, y si se encontraban agradables a veces volvían a verse y a veces no. Pero en cualquier caso, conocerse, hablarse y despedirse no implicaba nada. Era un incidente apenas, muchas veces agradable, del tipo que las llamadas clases altas apenas conocen. A Lansing le parecía pues perfectamente natural que el marino, al que nunca había visto antes y al que quizá nunca volvería a ver, le ofreciera un vaso de cerveza y le contara de su viaje alrededor del mundo, y que él mismo respondiera contándole de su accidente, de su despido de la tienda y, en una palabra, de lo que acabó por llamar sus "problemas".

—Un marino no tiene problemas —dijo el otro mientras se levantaban para irse, y así parecía.

Después de eso, Lansing se pasó buena parte del tiempo en los muelles y el domingo en la tarde llevó a Hayward con él.

La experiencia y la educación de Hayward era tan limitada como la de su amigo, pero estaba hecha de mejor materia prima. Lo que Lansing sólo sentía, Hayward podía además ponerlo en palabras.

—¡Mira las tortugas! —exclamaba al mirar una hilera de las enormes creaturas torturadas que yacían sobre

sus lomos atadas a unas tablas con unas cuerdas que pasaban por sus aletas sanguinolentas.

—Salen del agua a poner sus huevos en la arena; entonces saltan desde los matorrales y las voltean con un palo. Apuesto que se gana bastante con las tortugas. O bien, —¡Caramba, qué montón de piñas! ¿No te gustaría ir allá, Lansing, donde siempre es verano, a sentarte en paz mientras los negros trabajan, y mandar millones de piñas para acá, a que se vendan a cincuenta centavos la pieza?

—Cuarenta y cinco —corrigió Lansing, que las había surtido toda su vida, pero que, hasta hacía poco, les había otorgado la misma imparcial consideración que le daba a un jitomate. Una vez estuvieron una hora delante de diez jaulas llenas de cacatúas blancas y amarillas. Eran todavía más perturbadoras y convincentes que los incoherentes negros, la excitación de la partida, el olor de las frutas exóticas.

—Allá puedes mirarlas volando —meditó Hayward en voz alta. —¡Allá en el sur! Las palabras comenzaban a significar para los dos cosas maravillosas e incomunicables. "Allá en el sur" se hallaba el cálido, resplandeciente, hermoso, misterioso y seductor lado de la tierra que un francés siempre puede convocar por un instante cuando, en tono lánguido y evocador, pronuncia las palabras "là bas".

Así que se hicieron a la mar en un pequeño carguero y después de una semana los liquidaron en La Habana. En La Habana se pasaron un día formidable (Hayward compró un broche con una imitación de diamante en la calle Obispo, donde las luces de la vitrina le sacaban hasta el último fulgor), pero el día siguiente fue bastante aburrido. Habían visto la ciudad, no tenía caso verla de nuevo, y estaban poco acostumbrados al ocio. Los dos hubieran brincado ante la oportunidad de volver a Nueva York, pero como no se presentaba, ninguno de los dos se sintió obligado a admitirlo. Al tercer día se embarcaron hacia Veracruz. Hayward había escuchado (a diferencia de Lansing) el nombre de Veracruz, pero si le hubieran preguntado dónde estaba no habría sabido responder. Tenía una vaga idea de que se hallaba cerca de Nueva Orleans y Galveston. En una semana llegaron ahí, y otra vez les pagaron y los abandonaron en el muelle.

De nuevo se pasaron un día excelente. Vagaron por las calles, fueron a una boda en una iglesia, se maravillaron con los zopilotes que removían la basura de los drenajes abiertos en la calle, caminaron al atardecer hasta el final del malecón y vieron llegar a los pescadores con sus enormes cargas de huachinango. En la noche fueron al cine, donde vieron una corrida de toros realista y un falso asalto a un tren. (Esta película les hizo añorar por primera vez su tierra; los carros pullman y la máquina se veían tan naturales). Cuando terminó, buscaron la plaza donde, entre el aire bochornoso, una

masa compacta de personas caminaba dando vueltas al compás de la música que una enorme banda tocaba en el centro, arriba, entre los árboles. Durmieron en una casa de huéspedes barata a la que los había llevado uno de los fogoneros.

Pero el día siguiente se pareció mucho al segundo que habían pasado en La Habana, excepto que los atractivos de Veracruz parecían ser aún menores. No podían caminar hacia ningún lado sin llegar al mar o a unas ardientes y tristes dunas, y su inconsciente hastío de neoyorquinos ya los había hecho indiferentes a los indios en harapos con sus enormes sombreros de paja y sus sarapes colorados. Se sentaron en una banca sombreada en la plaza y hablaron de un inmediato regreso a Nueva York. Lansing proponía regresar por tierra; pensaba que la frontera no estaba lejos y se sintió asombrado e incómodo cuando el fogonero, al que se habían encontrado varias veces, se rió y les dijo que la frontera estaba a semana y media por tren. Sabían que no tenían con qué pagar ese viaje, así que decidieron regresar bajando, como habían venido, en un barco.

Después de eso, pasaron la mayor parte de su tiempo en los muelles, o frente a los hoteles y cafés cercanos, buscando capitanes y oficiales. Pero aparentemente, los lugares en los barcos hacia Nueva York no abundaban. Los hombres a quienes solicitaban sitio resultaron invariablemente fríos y contundentes cuando no, como llegó a suceder, brutalmente groseros. Esto era desagradable aunque también, en ocasiones, divertido. Aún no comenzaban a considerar las cosas como un "problema", pues tenían algo de dinero. En este punto de sus evanescentes fortunas dejaron de pensar en Nueva York, si bien les pareció que estaban haciendo una especie de humillante concesión al ofrecerse como marinos de cualquier barco que tuviera un puerto norteamericano como destino. Y aún así, se toparon con los mismos arranques de irritación o con las breves, gélidas negativas.

No lo sabían —porque fuera de los surquitos en los que siempre se habían movido no sabían nada—, pero México, en invierno, es uno de los destinos favoritos del vago norteamericano. Miles de ellos, en perpetuo seguimiento de los talones del verano, cruzan la frontera y eventualmente llegan de Laredo a San Luis Potosí, a la ciudad de México, a Tampico o a Veracruz. Se le acercan a uno en la plaza, en la Alameda, en las puertas de los hoteles y teatros y restaurantes, y, siempre con un interesante relato de por medio, le sonsacan a uno veinticinco centavos en nombre del patriotismo. Cuando llega la primavera y vuelve el calor a casa, asedian los puertos tratando de regresar por mar. En los barcos en Veracruz, en abril y mayo, la situación es incómoda al escoger marinos, pues hay un verdadero exceso. Sin haberlo sospechado un instante, Hayward y Lansing se habían convertido, a los ojos del mundo, en un par de vagos que buscaban un boleto de regreso.

El calor comenzaba a ser intenso y el invariable rechazo a sus servicios era descorazonador, pero más aún lo eran las interminables mañanas y tardes y noches cuando abandonaban sus pesquisas un rato y se sentaban en una banca en la plaza, o cuando, al atardecer, deambulaban por el malecón para ver llegar los huachinangos y recibir la brisa. Habían salido juntos de casa y juntos se quedaban, porque les parecía normal y porque no conocían a nadie, pero ya no tenían nada en particular que decirse. La mayor parte del tiempo estaban silenciosos y desanimados. Hablaban sólo cuando se les ocurría algo relevante sobre lo que, finalmente, comenzaron a llamar "nuestra situación". —Ahorraríamos dinero si tuviéramos un solo cuarto en vez de dos, y durmiéramos en la misma cama —declaró una noche Hayward, después de un día en el que apenas habían cruzado palabra.

—Si no nos levantamos tan temprano —¿para qué?— nos podemos ahorrar el desayuno. Dos comidas son suficientes si uno está dormido —declaró Lansing uno o dos días después. Y mientras les duraba el dinero, lo gastaban únicamente en su cama y en sus dos alimentos diarios. Luego llegó el inevitable día en el que ya no tuvieron dinero, en el que se dieron cuenta de que los pocos centavos con los que estaban pagando la comida, eran los últimos. Era desagradable y habían comenzado a odiar Veracruz, su monotonía, su ocio forzado, el calor sofocante, el rumor (que le escucharon a unos marinos ingleses en el muelle) de que había fiebre amarilla, y la incapacidad de salir de ahí. Estaban alarmados, pero aún no llegaban al pánico. Cada uno tenía su maleta, un cambio completo de ropa, un par de zapatos de repuesto, algunas camisas y ropa interior, sombrero además de cachucha, tres navajas de rasurar y un reloj de pulsera corriente.

El reloj fue lo primero en irse. No necesitaban un reloj. Si querían saber la hora, bastaba con voltear a ver desde su banca el reloj de la torre del palacio municipal. Después, en dos días sucesivos, les tocó el turno a las maletas, luego a los sombreros, las ropas, los zapatos, las camisas y la ropa interior. La venta de dos de las navajas les aportó durante cuarenta y ocho horas casi una sensación de opulencia. Lansing no sabía que había una tercera navaja y Hayward no se lo dijo. Hayward era una persona innatamente pulcra, y en la Y.M.C.A. a la que pertenecía en Nueva York, se había acostumbrado a mirar el jabón y las interminables duchas frías y calientes bajo una luz tan espiritual como física. Era bien parecido y lo sabía. Aborrecía la idea de convertirse en un barbón. Creía, en ese momento, que el hambre podía soportarse; en cambio el prospecto de una barba de días le repugnaba. Así que envolvió la navaja en una hoja de periódico y se la escondió en la bolsa. Mientras él y Lansing estuvieran juntos no podría rasurarse; no podía confesar estar en posesión de un objeto tan can-

jeable en dinero sin tener que canjearlo de inmediato. Su sensación de culpa fue disipada por la anticipada emoción de pensar en el día en el que se vería limpio y fresco de nuevo, sonrosado bajo su piel tostada. No articuló esto en palabras, pero la navaja era para él un símbolo tangible de su amor propio, y se aferró a él aunque podría haberles comprado la comida que los dos comenzaban a necesitar.

—Tenemos que largarnos. Tenemos que largarnos ya —dijo una mañana en la que se despertaron para otro día de ayuno.

—No nos quieren en los barcos, pero tendrán que llevarnos de todos modos. Abordaremos y nos esconderemos. Una vez que zarpe tendrán que llevarnos. No nos pueden lanzar por la borda y trabajaremos. ¡Caramba, cómo quisiera trabajar!

Ese día no comieron nada, pero en la noche lograron colarse maravillosamente en un carguero que se dirigía a Nueva Orleans y ante la perspectiva de escapar olvidaron que tenían hambre. Uno de la tripulación, con el que habían trabado conversación en el muelle, pareció impresionarse con la sinceridad con que juraron que le pagarían si les hacía posible regresar a un sitio en el que pudieran trabajar. Accedió a ayudarlos condicionadamente, es decir: los dejaría embarcar como polizones siempre y cuando no hubiese demasiado riesgo para él. Las condiciones del ayudante tenían que ser las adecuadas: a veces era fácil y a veces nomás no había modo.

En su caso las condiciones adecuadas fueron inesperadamente aportadas por la fracción de segundo que le toma a un cable romperse y dejar caer una pieza de locomotora de la cubierta principal a una docena de barriles de manzanas en la cubierta inferior. En el alboroto que se armó y duró los siguientes cinco o seis minutos, la única persona que conservó la calma y la eficacia fue el nuevo amigo de Hayward y Lansing. Había estado atento a que sucediera algo como eso y lo aprovechó de inmediato. Mientras todo mundo gritaba maldiciones en español y se asomaba a ver la escotilla en ruinas, los coló a bordo y los escondió. Una hora y media más tarde, Hayward, sofocado y atontado, fue arrastrado por los pies y lanzado por la plancha al muelle. Lansing no reapareció. Desde el muelle, Hayward miró al barco convertirse primero en una mancha negra y luego en una pura evocación de humo en el atardecer.

Se quedó de pronto horriblemente solo y solitario, pero no se le ocurrió sentirse despechado. La suerte de Lansing había sido buena; la suya, mala. Eso era todo. Estaba satisfecho de que alguien hubiera tenido suerte. Esa noche regresó a la casa de huéspedes y durmió en la cama —era la última cama en la que habría de dormir— y como no tenía dinero le pagó en la mañana al patrón con la navaja.

Entonces comenzó para él una existencia de una des-

esperanza absoluta que lo abrumaba y lo oprimía. Al principio, un barco hacia Nueva York le pareció la única solución a su predicamento; luego, la idea de un barco con cualquier destino se había convertido en una imagen del paraíso; ahora se daba cuenta de que los barcos eran una imposibilidad. Mientras avanzaba la estación, los oficiales se ponían más y más cautelosos. Un joven descuidado y sin rasurar simplemente no podía acercarse a los barcos. Hacía la ronda de los hoteles y pedía trabajo, cualquier clase de trabajo, pero no encontraba nada. Procuró empleo como obrero en el muelle, pero el capataz, que hablaba inglés, se rio y le preguntó por qué deseaba suicidarse.

—Un norteamericano que nos quitara un jornal sería acuchillado en una hora —dijo, y se negó a contratarlo. Se las arregló por un tiempo para mantenerse con vida porque un día se acordó de que en el dedo meñique de su mano izquierda llevaba un anillo de oro. Había sido parte de él durante tantos años que no se le había ocurrido siquiera venderlo. El descubrimiento vino como una suerte de revelación y le permitió comer modestamente un par de días. Luego una vivaz mujer norteamericana en un vestido blanco de dril se le acercó en la plaza y le dio veinticinco centavos a cambio de repartir unos volantes. Era una adivinadora de la suerte, una "vidente", y acababa de inaugurar un "Studio Ocultista" en el hotel Seguridad, cerca de ahí. Se antojaba una dulce, eficiente criaturita y una vez, cuando llevaba dos días sin comer, fue al hotel y preguntó por ella. Pero como estaba sin rasurar y un tanto pasmado e impreciso, supusieron que se trataba de un borracho y lo echaron fuera. Luego conoció en la plaza a una persona profundamente irreal, de edad indefinible, que durante media hora cada tarde entraba y salía del hotel apoyado en un bastón. Su cara estaba hinchada y descolorida y su cuerpo no era más que un semi-erecto saco de huesos. Al principio, Hayward pensó que era un inválido en sus últimas etapas, luego estuvo seguro de que era un borracho, y finalmente concluyó que el hombre era esclavo de alguna droga. De vez en cuando le daba a Hayward la peseta con la que podía sobrevivir algunos días, y luego, después de un largo silencio en la banca de la plaza, preguntaba petulante:

—¿Qué haces con todo el dinero que te doy? Anteaer te di trescientos dólares. Me temo que eres un extravagante.

En uno de sus intervalos de lucidez le sugirió a Hayward que fuera al consulado norteamericano.

—No quiero limosna, quiero trabajo —dijo cuando el cónsul lo miró con impaciencia.

—Sí claro. Oigo eso veinte veces al día. Largate y no vuelvas —exclamó el cónsul con hartazgo. Hayward se largó y no volvió. Algo en la personalidad melancólica y tosca de ese sujeto de uñas renegridas le indicó que no tenía caso. Luego trató de treparse a escondidas en el

tren que iba a México y lo pescaron y lo bajaron en la segunda estación, a veinte kilómetros de distancia. Para lo único que sirvió la ocurrencia fue para tener que caminar de regreso a Veracruz entre el calor sofocante sobre las interminables dunas de arena y por los pantanos afiebrados donde lo devoraron los mosquitos. Esa noche se pasó tanto como se atrevió en una banca de la plaza, pero por miedo a que los policías pensarán que ya llevaba demasiado tiempo sentado en un solo sitio, se desaleatargaba y caminaba hacia los muelles o a la estación de trenes, los extremos de la población. La humillación era peor, de alguna manera, que su hambre y su fatiga. La noche siguiente, sin embargo, la necesidad de sueño ya era avasalladora y se acostó en la playa de las afueras. A pesar de las hormigas que hervían bajo su ropa y lo picotearon del cuello a los tobillos, durmió el sueño del agotado. Pero dormir en la playa en Veracruz es contra la ley, y a las tres de la mañana fue arrestado y arrojado a un miserable cuarto atiborrado, bajo la torre cuyo reloj, últimamente, había marcado para él tantas horas inútiles y sin esperanza. En la mañana el juez lo despidió con el recordatorio (un negro de La Habana tradujo el ultimatum) de que la segunda vez le acarrearía una pena de treinta días.

Después vino una semana horrible, la pesadilla final. Oyó decir a un ferrocarrilero que había trabajado en los talleres de la Casa Blanca, a sesenta kilómetros de distancia, y, entre el increíble calor, caminó hacia allá sólo para encontrarse con que el rumor era falso y tener que caminar de regreso. Vivió de agua pútrida y de unas nueces amarillas que parecían dátiles y crecían en unas palmeras chaparras junto al camino. Cuando una vez más llegó a la inevitable plaza estaba mareado de hambre, y como pensó que se iba a morir, se dejó llevar hacia donde el resto del mundo comía, bajo los arcos, en la banqueta. Había quince o veinte mesas, y después de recorrerlas todas escogió una en la que cinco norteamericanos, tres hombres y dos mujeres, habían acabado de

comer y se refocilaban en sus sillas, esperando que recogieran los platos en los que habían dejado la mitad de la carne.

—No soy limosnero —comenzó a decir de prisa, quitándose la cachucha. —No les pido dinero, pero no he comido nada en todo el día. Por favor, dñeme algo de lo que dejaron antes de que se lo lleve el mesero.

Se lo podrían haber dado, y también podrían no haberlo hecho. Nunca lo supo. El mesero llegó justo entonces y lo corrió autoritariamente, golpeándolo con su trapo sucio.

—Qué bonito pelo tenta —reflexionó una de las mujeres. —Le nace de la frente de una manera como orgullo. Pero por supuesto que es un farsante.

—No me fijé en su pelo, pero sus dientes eran perfectos —dijo la otra —Este país está lleno de vagos.

Más tarde esa noche, cuando un joven le dio escépticamente un peso mexicano del que quería deshacerse pues viajaba a Nueva York en la mañana, Hayward estalló de pronto en llanto, y apoyando la cabeza en el respaldo de la banca, lloró durante media hora. Vivió con ese peso cinco días. Mientras tanto, el drogadicto se murió y la vidente se fue a México.

Hayward nunca leyó *Los miserables*, pero al sexto día de que el joven le dio el peso, recordó que uno de sus dientes tenta una corona de oro y le pidió inútilmente a un dentista que se la quitara. No comió nada ese día, y en la noche el deseo de acostarse a dormir, en vez de caminar hipócritamente de un lado al otro como si estuviera yendo a alguna parte, se hizo irresistible. Así que se fue de nuevo hacia la playa y se acostó entre las hormigas, y en la mañana un policía espantó a los zopilotes que ya comenzaban a brincarle encima y a estirar sus pescuezos pelados. El cónsul norteamericano, mucho muy aburrido (hacía un calor terrible), lo miró oficialmente y luego lo tiraron en un hoyo junto a un indio al que habían apuñalado la noche anterior en una zacapela de borrachos. ♣